

La firma de la directora

El mundo contenido en un quiosco



ELENA ROSA

Antes de saber leer, antes, incluso, de entender el mundo por palabras, ya me gustaban los quioscos. Desde muy pequeña, los días en casa venían marcados por las compras en esa caseta repleta de colores. Los lunes llegaba El Caso, los miércoles las revistas del corazón, creo recordar, y los viernes íbamos a por las revistas de motor, los tebeos y, aunque yo no debía saberlo, en el paquete que llevaba mi padre bajo el brazo también estaba Interviu.

En casa rompían en trozos los artículos de Margarita Landi y las coloridas páginas de reportajes de investigación y, sí, también las que retrataban a aquellas bellas mujeres casi desnudas. Mientras tanto, yo aprendía en una cartilla a leer a los tres años: la A de araña, la B de bellota, la C de casa... pero **las palabras y la realidad que traían detrás la comencé a localizar sobre aquellos pedazos rotos**. Bosques donde asesinaban a mujeres que paseaban solas -no me llevéis a un bosque, por favor-; historias varias sobre el actual Rey Emérito; las novias de Gunter Sachs -un empresario que define un tiempo-, los giros de guión de Grace Kelly o la vida adulta de una Marisol que yo seguía viendo cantar, con coletas disparadas, en las tardes de televisión. Pero el origen de todo estaba allí, en los quioscos. Antes de querer otra cosa, deseaba tener de mayor el mío propio, pero sólo para leer página a página todo lo que llegaba cada semana. Leer sin freno todas aquellas vidas, historias sorprendentes, amor, odio fraterno, investigación de grandes timos... Los quioscos como un paraíso cercano.

Más tarde, ya con ganas de escribir, decidí que me apetecía contar lo que ocurría en la calle, ser periodista y, sí, también, que mis frases ocupasen un espacio en las páginas de alguna pila de periódicos. Y aquí estoy, tantos años después, con la misma pasión por los quioscos y con el placer de comentar con quien los vende, como es el caso de Esteban, mi quiosquero, **cómo cada vez se compra menos y la manera en la que los quioscos van siendo una excepción en el recorrido urbano, pero también cómo merece la pena seguir allí, para él y para todos los que amamos las historias en papel, aunque podamos leerlas en cualquier soporte**; para los que confiamos en que el papel resista como testigo de una época, como rastro de un orden que se mide en columnas, en tamaños de tipografía, en páginas pares o impares. Un código de clasificación del mundo por importancia, ahora que todo parece urgente, único o fundamental, cuando, en realidad, no lo es y su vida dura un segundo.

No olvido, como no olvida el protagonista de nuestra portada, la importancia que estos quioscos han tenido en todo tiempo, pero también en pandemia, donde han permanecido abiertos, cuando el miedo era insoportable en la calle, y que resisten ahora, listos para que recuperemos las buenas costumbres de ir a por una buena revista, nuestros periódico favorito o esa colección absolutamente irresistible. El quiosco, un lugar que ha estado ahí siempre y que confío en que resista el embate de las pantallas y de la falta de interés por asomarse a la mirada de aquellos que siguen ordenando el mundo por palabras; **un lugar donde las historias siguen teniendo olor a papel, algo que los iPad aún no han conseguido**.

Aprovecho este espacio para desearte mucha salud y buenas lecturas en este 2022.

Conchi Sánchez Hernández